

PARTITURA CON CRIMEN

CUARTETO CON PIANO

XOSÉ MANUEL VILLANUEVA

BERENICE. CÓRDOBA, 2005

508 PÁGINAS, 24 EUROS

JOSÉ MARÍA POZUELO YVANCOS

A la novela le ocurre como a la música clásica: el siglo XIX supuso para ellas un paso irreversible, tan gigantesco, que decir de una novela que se parece a aquéllas buenas del realismo no significa desdoro alguno, ni arcaico anacronismo, sino la virtud de haber sabido conectar con ese buen momento del arte narrativo. El goce es mayor si por añadidura esa novela trata de música, y aún más, del gran homenaje que Brahms hace a Beethoven en su *Opus 60*, el cuarteto con piano que sirve de título.

Xosé Manuel Villanueva, un escritor gallego que obtuvo el Premio de la Crítica en Galicia por su novela anterior, titulada *Adeus, India, Adeus* (2000), ofrece en esta última, editada en su original gallego en 2003 y vertida al castellano por el propio autor, una obra ambiciosa, cuya extensión de quinientas páginas resulta necesaria y se lee con la sensación de entrar en un mundo que reúne eso que Ortega calificaba de «hermetismo», y que ha sido a veces mal entendido: la capacidad para encerrar al lector en un universo con su propia coherencia, que cuando sufre las obligadas pausas de lectura, provoca la doble sensación de no acabar de salir del todo de sus personajes y atmósfera, y de querer regresar pronto a ellos.

La novela parte de un doble suceso, ocurrido en la Navidad de 1981. La reunión de Clara, antigua profesora de piano, con cuatro de sus alumnos, para ensayar el cuarteto con piano citado, cuya interpretación habrá de servir de homenaje a su marido, Augusto, un rico y culto embajador, muerto hace un año, en el mismo accidente en que ella ha quedado paralítica. El segundo suceso son los planes de asesinato de un comando del Grapo, planes que sería descortés descubrir ahora al lector. Los capítulos van focalizando alternativamente los pasos de algunos de los terroristas, de cada uno de los instrumentistas del cuarteto, y de todo el conjunto de cámara reunido en la mansión de la mecenas. Simultáneamente, con este doble vector se cruza otro: la historia de un intento de huelga en una de las empresas que fue de don Augusto y que ahora regenta su sobrino Alfredo, problema sindical que se ofrece en parte desde la perspectiva del estupendo personaje que es el sindicalista Vicente, al que se suman otros luchadores de dentro del pueblo como Carlota. De forma que en la novela se van entrecruzando y mezclando cinco círculos: el de los concertistas, el

familiar de Clara y Alfredo, el de los terroristas, el de los sindicalistas, y por último, el del policía Couceiro, otro buen personaje, al que se ha encomendado la vigilancia de la casa, cuando la policía recibe información de que algo gordo se trama.

PRECISIÓN DE ORFEBRE. Lo más destacable de esta novela es su buena composición narrativa, su dominio del ritmo y del compás, de forma que se lee como suena el gran cuarteto de Brahms: con la sensación de que la inspiración ha sido regulada, gobernada, hasta ir ordenando un conjunto que no sólo discurre por sus distintos estratos, sino que en su avance se va haciendo compleja y a la vez se va esclareciendo. Y ello porque el novelista va situando sus piezas en el tablero con una precisión de orfebre.

Ser un buen narrador no es una cualidad uniforme. Se puede lograr de distintas formas. Xosé Manuel Villanueva aparece aquí como rama del tronco de esos buenos narradores que nada dejan al azar, los que logran sus mejores bazas en la medida orquestación, en el orden, que se va siguiendo con los compases de un cuarteto y con la sensación que el lector tiene, según va siguiendo a cada personaje (porque la novela está focalizada desde ellos), de que cada instrumento de la pieza tiene director, esto es, una mente que ha ido dominando entradas y salidas, y también las intensidades del tono, y por supuesto las consonancias o disonancias tímbricas. Las únicas discordancias que encuentro son el trazado de las personalidades

XOSÉ MANUEL VILLANUEVA
APARECE AQUÍ COMO RAMA
DEL TRONCO DE ESOS BUENOS
NARRADORES QUE NADA DEJAN
AL AZAR



LOS COMPASES
DE BRAHMS
RESUECAN EN LAS
PÁGINAS DE ESTA
NOVELA DE
DESTINOS
CRUZADOS

de Ana y de Clara, y la más pequeña del cura don Benedicto, que me ha parecido de zafiedad algo forzada, aunque pueda situarse en la tradición anticlerical de Emile Zola.

ESPACIOS BIEN AMUEBLADOS. Para el interés de la novela que comento hay dos rasgos que comienzan a ser muy raros en los narradores de hoy, y que por eso, cuando los encuentras, sobresalen: el sentido del espacio y la distancia. Según el primero, los alrededores de una estación de tren, un piso del extrarradio, una mansión burguesa o un bar de pueblo se van ofreciendo con tanto cuidado y pormenor que vas por ellos con la grata sensación de que han sido bien amueblados. Y por distancia quiero decir que los sucesos psicológicos complejos, de amores y desamores, o bien los contextuales del momento político y social de la España de la

Transición, que son los dos pivotes que sostienen el peso de la novela, están narrados con una frialdad enorme, con una equidistancia que permite al autor ir ofreciendo desde cada personaje todo un mosaico de opciones vitales e ideológicas vividas por ellos.

Disfrutarán especialmente muchos lectores que hayan vivido los complejos momentos políticos y sindicales del año en que se dio el golpe de Estado de Tejero, momentos de los que se traza un fiel dibujo de la situación de sindicalistas, de los conflictos ideológicos, tan a flor de piel en aquellos años, con sus discusiones sobre economía y compromiso, con sus traiciones y lealtades, asimismo medidas en la historia personal y sentimental de varios de ellos. Y todo ello sin sobresaltos. Esta novela suena como el cuarteto que la preside: una inspiración hecha dominio. ■